FICHA 5: Peronismo, empate hegemónico y crisis (1955-1976)

El golpe de septiembre de 1955 derrocó al gobierno de Perón e inició la autodenominada Revolución Libertadora, pero los problemas que el peronismo no había logrado resolver -los cuellos de botella del ISI, la lucha por la distribución de la riqueza, la resistencia de los trabajadores a perder los derechos conquistados- no desaparecieron con él. Al contrario: volvieron a presentarse, con intensidad creciente, en cada crisis de las dos décadas siguientes.

Esta ficha analiza ese largo proceso. Su argumento central es que entre 1955 y 1976 la Argentina vivió una doble imposibilidad: ningún sector pudo reorganizar la economía y la política desactivando el poder de los trabajadores organizados dentro del sistema democrático, pero tampoco los trabajadores pudieron construir un proyecto político autónomo capaz de imponer un modelo alternativo. El resultado es conocido como "empate hegemónico": una situación en que los actores sociales tenían capacidad para bloquear los proyectos de los demás, pero no para imponer los propios de forma duradera. Para entender por qué ese empate fue tan persistente y tan explosivo, hay que volver a un dato que la ficha anterior dejó señalado: la tensión entre integración y ruptura que el primer peronismo contuvo dentro del movimiento no desapareció con el golpe. Al contrario: se desplegó, se radicalizó y se cargó de nuevos significados a lo largo de veinte años, hasta volverse irresoluble dentro del sistema.

1. El marco internacional: los "años dorados" del capitalismo de posguerra

Durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la economía mundial atravesó una fase excepcional de crecimiento. La combinación de fordismo (producción en masa y consumo masivo), Estado de bienestar y Guerra Fría permitió una armonización inédita entre capitalismo y democracia en Occidente. Petróleo barato, avances en petroquímica y la generalización de la energía eléctrica facilitaron la masificación y el abaratamiento de los bienes de consumo durable. Las empresas transnacionales surgieron como nuevo actor económico, y a partir de los años sesenta protagonizaron una masiva exportación de capitales e inversiones productivas hacia la periferia para reducir costos y controlar mercados.

Para entender qué fue concretamente esa "economía mixta", conviene detenerse un momento. Los gobiernos de posguerra -incluyendo a los conservadores- comenzaron a intervenir de formas inéditas en tiempos de paz: nacionalizaron servicios públicos e industrias estratégicas, aprobaron déficits presupuestarios para suavizar las recesiones, garantizaron sistemas de salud y cobertura social, y reconocieron sindicatos fuertes que negociaban salarios. El objetivo central era el pleno empleo. Donde el mercado no lo aseguraba, el Estado intervenía con los instrumentos propuestos por el economista británico John Maynard Keynes: gasto público anticíclico, impuestos progresivos a las ganancias, tasas de interés bajas para estimular la inversión.

¿Por qué incluso los gobiernos de tradición liberal aceptaron este avance del Estado sobre la economía? Dos razones se combinaron. La primera fue el aprendizaje de las catástrofes de entreguerras: la Gran Depresión de los años '30 había demostrado que el mercado solo podía colapsar, y ese colapso había

engendrado el nazismo. La segunda fue la Guerra Fría: en el mundo dividido entre capitalismo y socialismo soviético, el desempleo y la miseria representaban un peligro político inmediato. Elevar el nivel de vida de los trabajadores era también contener la amenaza comunista. En este marco, las décadas de 1950 y 1960 fueron de crecimiento económico sostenido, pleno empleo e incorporación de amplias capas obreras y de clase media al consumo de bienes durables -automóviles, electrodomésticos, televisores-. Los historiadores las llamaron los "años dorados" del capitalismo.

Esas condiciones favorables estaban, sin embargo, sujetas a tensiones que se volverían evidentes a fines de los años sesenta. La experiencia argentina de 1955 a 1976 transcurre dentro de este ciclo global y no puede entenderse sin él: el ISI encontraba allí una ventana de viabilidad que se iría cerrando precisamente cuando la crisis política hacía imposible cualquier reorganización interna del modelo.

2. Proscripción y resistencia (1955-1958)

La Revolución Libertadora llegó al poder con un diagnóstico compartido por las élites antiperonistas: no entendía al peronismo como una identidad política legítima, sino como una anomalía social producto de la manipulación de las masas. Esta visión confluía tanto con el racismo político de sectores tradicionales —que hablaban despectivamente de un "aluvión zoológico" de migrantes internos— como con las nacientes interpretaciones sociológicas de la época, que veían en el migrante recién llegado a las ciudades a un actor carente de experiencia democrática, disponible para el liderazgo carismático. Ante esto, la facción liberal de la dictadura impuso una política de "desperonización" radical que buscó erradicar esa identidad mediante la persecución legal y simbólica: el Decreto 4161 de 1956 prohibió toda mención de Perón, Evita y los símbolos partidarios, inaugurando así el largo ciclo de la proscripción.

Perón partió al exilio y el peronismo quedó completamente proscripto del sistema político. Pero esa estrategia no destruyó la identidad peronista; la reforzó y la redefinió. La pertenencia al movimiento se convirtió en un acto de resistencia frente a la persecución, en una reafirmación del orgullo de clase, la amargura por la derrota y la certeza de que el peronismo era la identidad política de los trabajadores argentinos. No era una ideología elaborada: era algo más profundo y más difícil de desactivar por decreto.

En el plano sindical, el decreto 9270 de 1956 eliminó el monopolio de representación, y el decreto 2739 redefinió las relaciones laborales autorizando la movilidad obrera, los incentivos individuales de productividad y la eliminación de condiciones que "obraran en contra de la necesidad nacional de aumentar la productividad". Se implementaban por decreto las conclusiones del Congreso de la Productividad de 1955 que las bases habían rechazado bajo el propio Perón. La respuesta fue la "resistencia peronista": comandos clandestinos, pintadas nocturnas, volantes, sabotajes, "caños" artesanales. Miles de iniciativas locales compartían una certeza -"Perón vuelve"- que daba sentido a las derrotas parciales y convertía cada represalia en una prueba de la vitalidad del movimiento.

En el vacío creado por la intervención, las comisiones internas de fábrica demostraron ser un legado organizativo irreversible. Operaban en el lugar de trabajo y no dependían del reconocimiento estatal;

fueron ellas las que sostuvieron la conflictividad laboral entre 1955 y 1957. A partir de ese año surgió una nueva generación de dirigentes sindicales que no debía su legitimidad a la designación de Perón sino al reconocimiento de las bases. La Intersindical primero y luego las 62 Organizaciones dieron proyección a figuras como Augusto Vandor, Andrés Framini o Amado Olmos. Esa autonomía relativa sería tanto la fuente de su poder como el origen de una tensión que atravesaría al movimiento en la década siguiente.

3. El desarrollismo y la tensión sindical (1958-1962)

El ascenso de Arturo Frondizi a la presidencia en 1958 fue posible gracias a un acuerdo secreto con Perón: a cambio del voto peronista, Frondizi se comprometía a restablecer la legalidad sindical y levantar progresivamente la proscripción del peronismo. El acuerdo se cumplió en lo inmediato: la Ley 14.455 de Asociaciones Profesionales restauró el monopolio sindical de representación y devolvió los fondos de obras sociales a los gremios. Pero, apenas asumido el gobierno, Frondizi abandonó su discurso nacionalista de campaña y dio un giro desarrollista. Su lógica era clara: si la industria argentina no podía dar el salto hacia bienes de capital con recursos propios, había que atraer inversiones extranjeras directas que aportaran tecnología y capital. Entre 1958 y 1962 ingresaron masivamente capitales transnacionales que se radicaron en automotrices, petroquímica y maquinaria. La estructura productiva se modernizó y se logró el autoabastecimiento petrolero, pero la nueva dependencia de insumos importados y la remisión de utilidades al exterior reprodujeron a escala ampliada el problema de divisas que el modelo anterior no había resuelto. La economía quedó atrapada en el ciclo de "stop and go": expansión industrial, aumento de importaciones, presión sobre la balanza de pagos, devaluación, caída del salario real, conflicto social y recesión hasta el próximo ciclo. En ese esquema, los salarios eran invariablemente la variable de ajuste.

El conflicto estalló temprano. El 14 de enero de 1959 el gobierno decretó la privatización del Frigorífico Lisandro de la Torre. Nueve mil obreros ocuparon la planta, las 62 Organizaciones convocaron a una huelga general y los barrios obreros del sur porteño se movilizaron espontáneamente. El 17 de enero, tanques y fuerzas policiales desalojaron el frigorífico. Ante la magnitud de la represión y el peligro de perder el reconocimiento oficial que acababan de recuperar, la dirigencia sindical optó por levantar las medidas de fuerza. La derrota fue clara, pero el episodio reveló una brecha que la legalidad recuperada no había cerrado: las conducciones sindicales necesitaban preservar los espacios legales que les daban recursos y reconocimiento; las bases respondían con una combatividad que aquéllas no siempre podían ni querían sostener. Aún no era una división ideológica explícita, sino una tensión entre actitudes: los que empezarían a llamarse "blandos" o "participacionistas", y los "duros" o "intransigentes". Las grandes huelgas de 1959 -bancarios, metalúrrgicos, textiles- fueron derrotadas, y la represión gubernamental bajo el Plan Conintes (más de 2.000 detenidos, 500 condenados) produjo un proceso de cansancio y desmoralización. La disminución de las huelgas a partir de 1960 no reflejó una normalización laboral, sino el agotamiento de una militancia que acumulaba más derrotas que victorias.

En ese clima, el discurso del pragmatismo institucional ganó terreno en las conducciones sindicales sin que surgiera una alternativa políticamente articulada que lo disputara.

4. El apogeo del vandorismo (1963-1966)

Con Arturo Illia -elegido en 1963 con el voto peronista proscripto y, por tanto, con escasa legitimidad- el sindicalismo peronista alcanzó la cima de su poder institucional. Vandor simbolizó una estrategia destilada de las experiencias de la resistencia y de las derrotas del frondicismo: el sindicato como grupo de presión, capaz de negociar con cualquier gobierno sin comprometerse con ninguno. La base material de ese poder era concreta. La Ley 14.455 garantizaba el monopolio de representación y el cobro automático de cuotas sindicales. Los grandes sindicatos manejaban fondos de obras sociales, colonias de vacaciones y créditos. El sistema electoral gremial -lista mayoritaria se llevaba el control completo- hacía extremadamente difícil desalojar a una conducción instalada. Esos recursos convirtieron a los sindicatos peronistas en actores con poder real dentro del sistema, con independencia de los resultados electorales del movimiento.

Los Planes de Lucha de 1963 y 1964 fueron la expresión más acabada de esa lógica. Huelgas masivas y ocupaciones de establecimientos -en mayo-junio de 1964 se ocuparon más de 11.000 fábricas- no buscaban la ruptura política sino demostrar capacidad de movilización para mejorar la posición negociadora. La diferencia con la resistencia de los años cincuenta era cualitativa: la huelga funcionaba como un "dispositivo táctico", un instrumento de presión dentro del sistema. Los sindicatos peronistas actuaban como una "institución ejemplar del empate": demasiado fuertes para ser ignorados, pero sin proyecto propio que imponer.

5. Radicalización política, cultura y contexto internacional de los años sesenta

Mientras el vandorismo perfeccionaba su integración pragmática al sistema, una corriente opuesta empezaba a resignificar al peronismo desde fuera de las estructuras sindicales. Esa resignificación fue hija directa de la convergencia entre la proscripción y la radicalización global de los años sesenta. La Revolución Cubana (1959) se convirtió en pocos años en el primer Estado socialista del hemisferio occidental. El Che Guevara y Régis Debray formularon la teoría del "foco guerrillero": un pequeño núcleo de combatientes podía crear las condiciones revolucionarias, sin esperar a que "maduraran" las condiciones objetivas. La ruptura sino-soviética fragmentó el marxismo, y las guerras de liberación en Asia y África dieron carnadura a la idea de que la revolución era posible en la periferia. Mayo del 68 en París y la movilización mundial contra la guerra de Vietnam completaron un clima de época que concebía la transformación radical como algo cercano y necesario.

En la Argentina, esas ideas encontraron un terreno específico: la modernización cultural y universitaria de los años 1960. La UBA creó carreras nuevas -Sociología y Psicología, entre otras- que importaron metodologías de investigación social y formaron una generación de intelectuales críticos. La editorial universitaria EUDEBA, fundada en 1958, vendió tres millones de libros a precios accesibles en sus primeros cuatro años, poniendo en circulación textos académicos para un público amplio. El Instituto

Di Tella se convirtió en el centro de vanguardia artística más activo del país: sus centros de artes visuales, música y ciencias sociales experimentaban con formas nuevas y atraían a figuras internacionales. Al mismo tiempo, la televisión llegó a los hogares, el mercado editorial creció y surgió una cultura juvenil que, por primera vez, se definía a sí misma en términos propios: ropas, música, actitudes frente al sexo y a la autoridad que los diferenciaban de la generación de sus padres. Para los jóvenes universitarios de sectores medios que protagonizarían la radicalización de fin de década, esta modernización fue el caldo de cultivo: entraron a la vida política preguntándose por qué, en la Argentina, la democracia excluía a la mayoría.

En ese contexto, los escritos de John William Cooke -ex diputado peronista exiliado, amigo personal del Che Guevara- funcionaron como puente. Cooke definía al peronismo como un "gigante invertebrado": una base obrera objetivamente revolucionaria, pero sin la columna vertebral de una organización y una ideología propias. La burocracia sindical vandorista, con su pragmatismo y su integración al sistema, era el obstáculo que impedía al gigante moverse. En esa clave, el peronismo dejaba de ser un movimiento populista para convertirse en el vehículo posible de una revolución nacional y social. Esta lectura atrajo a jóvenes de sectores medios, muchos de familias antiperonistas, que encontraban en ella una forma de sumarse al actor político mayoritario sin renunciar a un horizonte transformador.

Así emerge paulatinamente una "izquierda peronista" vinculada a la línea combativa de John William Cooke e integrada por formaciones como el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) en 1964, que más tarde tendría su expresión más radical en organizaciones armadas como las FAP y Montoneros. Este espacio se integró al archipiélago de la "Nueva Izquierda", un archipiélago donde confluían trotskistas, maoístas, cristianos posconciliares, intelectuales comprometidos y el activismo obrero y estudiantil. Más allá de sus inevitables fricciones teóricas, a este universo tan heterogéneo lo amalgamaba un lenguaje revolucionario compartido, un repertorio de acción directa (asambleas, huelgas, tomas) y la certeza de que la transformación estructural de la sociedad era tan urgente como viable. El Cordobazo de 1969 fue el catalizador histórico donde esta convergencia subterránea se transformó en una experiencia de masas.

6. La apuesta autoritaria y el estallido social (1966-1971)

El golpe del 28 de junio de 1966 que derrocó a Illia fue cualitativamente diferente a las intervenciones militares anteriores. La autodenominada "Revolución Argentina" se proponía instalar un orden nuevo desde cero, superando de raíz el empate hegemónico. El general Juan Carlos Onganía disolvió los partidos políticos, intervino las universidades y eliminó la negociación colectiva de salarios. La política quedaba suspendida; el Estado asumiría la conducción técnica de la modernización.

El plan económico del ministro Adalbert Krieger Vasena era coherente con esa lógica: un programa antiinflacionario no recesivo que, mediante retenciones, capturaba para el Estado los beneficios de la devaluación que normalmente iban a los exportadores agrarios y los canalizaba hacia infraestructura y crédito para las grandes empresas. Su éxito dependía del silencio de los perjudicados mientras llegaban

los frutos del crecimiento. Pero los perjudicados eran múltiples: la burguesía agraria, los asalariados con salarios congelados, las pequeñas y medianas empresas, y unas clases medias "expropiadas políticamente" por el autoritarismo. La "Noche de los Bastones Largos" del 29 de julio de 1966 -cuando la policía irrumpió a golpes en las facultades de la UBA en respuesta a la resistencia estudiantil a la intervención- añadió a esa lista una generación universitaria entera.

Para entender por qué el estallido de mayo de 1969 se produjo precisamente en Córdoba, hay que mirar la estructura social específica de esa ciudad. La llegada masiva de industrias automotrices desde fines de los años 1950 -FIAT en 1954, Kaiser (luego IKA-Renault) poco después- había creado una clase obrera concentrada y técnicamente calificada, con una particularidad institucional decisiva: los convenios colectivos se negociaban por empresa, no por rama industrial. Eso permitió el desarrollo de sindicatos de base con democracia interna real: delegados elegidos por secciones, asambleas que decidían los conflictos, dirigentes que rendían cuentas. El caso más emblemático era el Sindicato de Luz y Fuerza cordobés, conducido desde principios de los 1960 por Agustín Tosco: sus dirigentes estaban obligados a retornar periódicamente al trabajo fabril, y los debates se resolvían en asamblea. Cuando Onganía suspendió las negociaciones colectivas y eliminó el "sábado inglés" -una cláusula que pagaba 48 horas de trabajo por 44 efectivas-, concentró el descontento sobre una clase obrera acostumbrada al poder real en sus lugares de trabajo. A ese descontento se sumó el de los estudiantes, cuyas facultades habían sido intervenidas y cuyo compañero Santiago Pampillón había muerto baleado por la policía en 1966, y el de las capas medias locales, irritadas por aumentos impositivos del gobernador provincial.

El 29 de mayo de 1969, un paro convocado por los sindicatos se convirtió en insurrección urbana cuando la policía asesinó al obrero metalúrgico Máximo Mena durante la movilización. Obreros y estudiantes combatieron juntos en el centro de la ciudad durante horas. Se incendiaron símbolos del capital transnacional -la sede de Xerox, concesionarias de Citroën- sin que se produjeran saqueos. Solo hacia el final aparecieron francotiradores, señal de la participación aún minoritaria de las organizaciones armadas. El Ejército tardó casi todo el día en retomar el control.

Portantiero lee el Cordobazo como una "crisis orgánica" en el sentido gramsciano: la sociedad avanzaba sobre un Estado sostenido solo por el autoritarismo, cuestionando no una política concreta sino la legitimidad del orden en su conjunto. A partir de allí se abrió un ciclo de protestas -Rosariazo en 1969, Viborazo en 1971- que construyó sus propias estructuras de movilización. Emergió un sindicalismo clasista (Agustín Tosco en Luz y Fuerza, René Salamanca en SMATA) cualitativamente diferente del vandorismo: democracia interna real, asambleas efectivas y demandas que excedían el salario para cuestionar el control patronal sobre el proceso productivo.

El Cordobazo no fue el único actor nuevo que emergió en esos años. Ya desde 1968, un sector del sindicalismo que rechazaba tanto la colaboración con Onganía como la pasividad de las 62 Organizaciones se había escindido de la CGT oficial y formado la CGT de los Argentinos (CGTA), conducida por Raimundo Ongaro. La CGTA articuló en un mismo espacio a sindicatos golpeados por la reestructuración económica (ferroviarios, empleados estatales, azucareros tucumanos), a militantes

de la izquierda peronista y a intelectuales del campo popular. Su semanario, dirigido por el escritor Rodolfo Walsh, fue uno de los órganos de prensa más relevantes de la oposición a la dictadura. La CGTA fue ilegalizada luego del asesinato de Vandor en 1969 y desapareció como organización, pero su experiencia había demostrado que era posible articular lucha sindical y proyecto político más allá del pragmatismo vandorista.

Ese mismo año, otro actor improbable ingresó al campo opositor: el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). El Concilio Vaticano II (1962-1965) y las encíclicas sociales de Juan XXIII y Pablo VI habían abierto dentro de la Iglesia Católica un debate sobre las obligaciones del cristiano frente a la injusticia. En Argentina, curas que trabajaban en villas miseria y barriadas populares encontraron en esas definiciones una legitimidad para su compromiso social. El MSTM reunió a más de trescientos sacerdotes que afirmaban la legitimidad de la resistencia de los oprimidos y cuestionaban abiertamente el apoyo de la jerarquía eclesiástica a la dictadura. Su inserción en comunidades obreras y barrios pobres los convirtió en un puente entre la radicalización universitaria y los sectores más postergados, y muchos de sus miembros se identificaron progresivamente con el peronismo revolucionario.

La "Nueva Izquierda" emergió de todo este proceso como un actor heterogéneo pero con una "unidad de hecho" construida sobre un lenguaje y un estilo común. Peronistas, marxistas, católicos tercermundistas, intelectuales y jóvenes compartían la certeza de que el sistema era ilegítimo y que la transformación profunda era posible. Las organizaciones guerrilleras -ERP, Montoneros, FAR- surgieron entre 1969 y 1970 como la "avanzada" de esa oposición. Sin embargo, que un clima de época favorable a la figura del "combatiente" haya dado unidad de hecho a la oposición no implica que existiera un grado similar de homogeneidad ideológica.

Ante la presión combinada de movilización social, guerrilla y fractura interna de las Fuerzas Armadas, el general Alejandro Lanusse lanzó en 1971 el Gran Acuerdo Nacional (GAN): una salida electoral que invirtió la secuencia de la Revolución Argentina. Ya no se trataba de primero estabilizar la economía y después acordar políticamente, sino de primero obtener legitimidad y después gobernar. La movilización había demostrado que el autoritarismo solo no alcanzaba para ordenar la sociedad.

7. El retorno del peronismo y el derrumbe (1973-1976)

El 11 de marzo de 1973, Héctor Cámpora ganó las elecciones con el 49% de los votos bajo la fórmula impuesta por Perón desde Madrid, que resuma su estrategia: "Cámpora al gobierno, Perón al poder". La coalición que llevó al FREJULI al triunfo -burocracia sindical, izquierda peronista nucleada en la Juventud Peronista y Montoneros, sectores políticos del movimiento- era intrínsecamente inestable. Pero antes de que esas contradicciones se desplegaran, hubo un momento en que la energía social acumulada durante años de proscripción y dictadura se hizo visible en toda su magnitud.

Los primeros días del gobierno de Cámpora mostraron el tamaño de las expectativas. El 25 de mayo de 1973, casi un millón de personas desbordaron las calles de Buenos Aires. Esa misma noche, una multitud marchó hasta la cárcel de Villa Devoto y liberó a los presos políticos antes de que el gobierno pudiera organizar una respuesta institucional. Pocas horas después, el Congreso legalizó lo ya

consumado con una ley de amnistía. El "Devotazo" fijó el tono: la movilización tenía lógica propia y no esperaba instrucciones. En las semanas siguientes estalló una ola de tomas de establecimientos en todo el país -hospitales, escuelas, radios, fábricas, municipios- que en su pico llegó a superar el millar. Sus protagonistas eran heterogéneos: militantes de la JP que buscaban desplazar funcionarios de la dictadura, trabajadores que reclamaban elecciones sindicales libres, vecinos que pedían cuentas a directivos designados durante los años militares. El fenómeno evidenciaba que la energía social acumulada no iba a canalizarse ordenadamente por mediante los representantes electos.

La crisis interna del peronismo encontró su momento de quiebre el 20 de junio de 1973, el día del regreso definitivo de Perón. Dos millones de personas convergieron en el predio de Ezeiza para recibirlo. Desde el palco, grupos armados ligados al aparato de seguridad del movimiento -conducidos desde las sombras por el ministro José López Rega- abrieron fuego sobre las columnas de la Juventud Peronista cuando estas se acercaban. El saldo fue de al menos 13 muertos y más de 365 heridos de bala. El avión de Perón fue desviado a la base militar de Morón. Dos días después, en un discurso por cadena nacional, Perón dejó en claro de qué lado estaba: rechazó cualquier resignificación ideológica del movimiento y calificó a la izquierda peronista de "infiltrados". El 1° de mayo de 1974, en la Plaza de Mayo, los militantes de la JP y Montoneros respondieron con cánticos de repudio y se retiraron dejando la mitad de la plaza vacía. Era el fin de una ilusión política que había sostenido a toda una generación.

El gobierno de Cámpora implementó el programa económico diseñado por Perón: el Pacto Social, un acuerdo de concertación entre la CGT y la CGE que congelaba precios y salarios por dos años. La lógica era resolver por acuerdo político lo que las relaciones de fuerza impedían resolver por imposición unilateral. Pero el pacto nacía con debilidades estructurales. La CGT comprometía su único recurso institucional -la moderación reivindicativa de las bases- a cambio de participación política, mientras que la CGE retenía las variables decisivas: inversión y producción. La asimetría era insalvable. Además, la CGT carecía de capacidad técnica para gestionar la política de ingresos, y tanto la central obrera como la patronal representaban universos internamente fragmentados.

La muerte de Perón el 1° de julio de 1974 fue el momento en que la lógica del empate se aceleró hasta volverse inmanejable. Perón era el único actor con autoridad suficiente para funcionar como árbitro entre los fragmentos en conflicto: sindicatos, derecha peronista, partidos de oposición, empresarios. Con su desaparición, ese rol quedó vacante. Isabel Perón asumió la presidencia sin capital político propio, con el ministro López Rega como figura dominante. El Pacto Social perdió el único sostén que le quedaba: la autoridad personal del líder fundador. El Estado se "corporativizó": las autoridades en los ministerios clave pasaron a responder directamente a las corporaciones que debían regular. El resultado fue un Estado vaciado de capacidad de arbitraje justo cuando más lo necesitaba.

El grupo que rodeaba a Isabel Perón, con López Rega como figura central, buscó resolver el empate por derecha: debilitar al sindicalismo, aplicar una política recesiva y recurrir a la violencia paraestatal de la Triple A contra militantes de izquierda, esperando obtener apoyo tácito de las Fuerzas Armadas. La prueba llegó en junio de 1975. El ministro Celestino Rodrigo devolvió un 100%, aumentó los combustibles un 175% y pretendió limitar los aumentos salariales al 38-50%. Los sindicatos peronistas,

que ya habían pactado aumentos del 100-150% en los convenios sectoriales, se rebelaron contra el gobierno que decía representar a su propio movimiento. La CGT organizó un paro de 48 horas contra el gobierno peronista el 7 de julio de 1975. Rodrigo y López Rega renunciaron. El Rodrigazo mostró que el sindicalismo tenía poder para tumbar ministros, pero no para gobernar. Entre julio de 1975 y marzo de 1976, la inflación se disparó, la violencia política se intensificó y todos los actores actuaron con la mirada puesta en el golpe que consideraban inevitable. El 24 de marzo de 1976, los militares tomaron el poder.

Cierre: el equilibrio catastrófico y sus dos dimensiones

El argumento de esta ficha tiene dos niveles. El primero es interno a la Argentina. La doble imposibilidad que atravesó el período no fue un accidente ni una falla de conducción: fue el resultado de una configuración social específica. Los trabajadores organizados bajo la identidad peronista tenían capacidad suficiente para bloquear cualquier proyecto de reorganización capitalista que implicara una reducción de su poder relativo. Pero tampoco lograron imponer un proyecto alternativo propio: carecían de las herramientas políticas -partido autónomo, programa, estrategia- para transformar su fuerza defensiva en poder constituyente. El golpe de 1976 resolvió ese empate desde afuera del sistema, destruyendo las estructuras que lo habían sostenido durante veinte años. En términos del esquema de Villarreal, el período puede leerse como una oscilación que nunca se estabilizó: de la dominación sin hegemonía de la Libertadora al intento fallido de hegemonía autoritaria de Ongaía, y al derrumbe en que ningún sector logró construir el consenso suficiente para gobernar.

El segundo nivel es externo: el "equilibrio catastrófico" argentino coincidió puntualmente con el fin de las condiciones internacionales que habían dado viabilidad, aunque con dificultades crecientes, al modelo de sustitución de importaciones. En octubre de 1973 -el mismo mes en que Perón enfrentaba la primera crisis grave del Pacto Social- los países de la OPEP decretaron el embargo petrolero que cuadriplicó el precio del crudo. El shock no fue solo energético: fue el síntoma de que los "años dorados" del capitalismo de posguerra llegaban a su fin. Para la Argentina, esto clausuraba la última ventana de viabilidad del ISI justo cuando la crisis política volvía imposible cualquier reorganización del modelo. Los problemas estructurales -dependencia de divisas, imposibilidad de dar el salto a la industria de base, tensión entre exportaciones agrarias y salarios- se agravaban ahora en un mundo que ya no ofrecía márgenes de maniobra. Mientras la Argentina se desangraba en su crisis interna, en Chicago, Londres y Washington se diseñaban las respuestas al fin del fordismo que poco después aplicarían Pinochet, Thatcher y Reagan. El golpe de 1976 es, entonces, el desenlace de una crisis política interna de veinte años y, simultáneamente, la forma argentina de entrada en ese nuevo orden global. Lo que viene después -destrucción del tejido industrial, apertura financiera, endeudamiento, desindustrialización- no puede entenderse solo como consecuencia del terrorismo de Estado. Es también la versión local de una transformación mundial del capitalismo.

Bibliografía de consulta

Di Tella, G. (1983). Perón-Perón. Sudamericana, Buenos Aires.

Gordillo, M. (2003). 'Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973'. En Nueva Historia Argentina, Vol. 9. Sudamericana, Buenos Aires.

James, D. (1990). Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976. Sudamericana, Buenos Aires."),

James, D. (2003). 'Sindicatos, burócratas y movilización'. En James (dir.), Violencia, proscripción y autoritarismo. Colección Nueva Historia Argentina. Sudamericana, Buenos Aires.

O'Donnell, G. (1977). 'Estado y alianzas en la Argentina'. Desarrollo Económico, Vol. 16, N° 64.

Portantiero, J. C. (1977). 'Economía y política en la crisis argentina'. Revista Mexicana de Sociología, Vol. 38:21.

Rouquié, A. (1986). 'Conclusión. La hegemonía militar y la crisis del Estado'. En Poder militar y sociedad política en la Argentina. Hyspamérica, Buenos Aires.

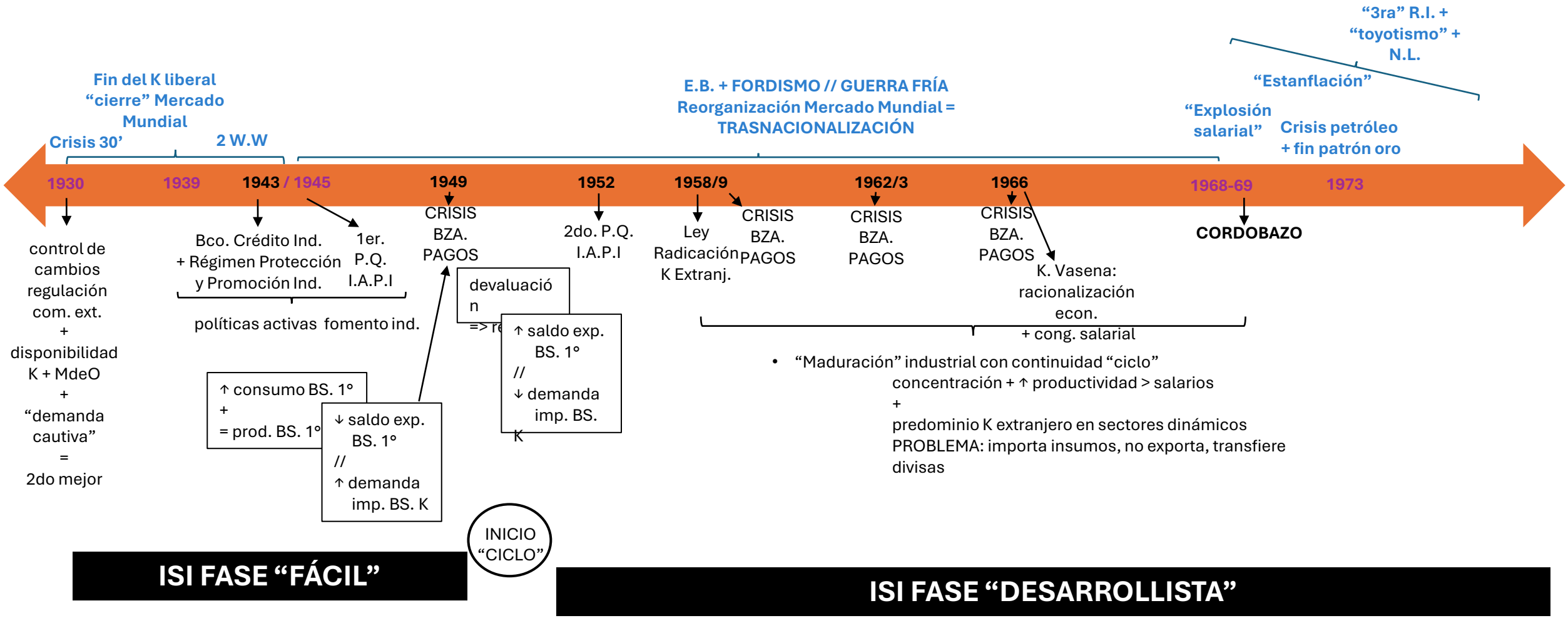
Salas, E. (1994). 'Cultura popular y conciencia de clase en la resistencia peronista'. Ciclos, Año 4, Vol. IV, N° 7.

Torre, J. C. (1983). Los sindicatos en el gobierno. CEAL, Buenos Aires.

Tortti, M. C. (1999). 'Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional'. En Pucciarelli, A. (comp.), La primacía de la política. Eudeba, Buenos Aires.

JUAN, Villarreal (1985) “Los hilos sociales del poder”. En. Crisis de la dictadura argentina: Política económica y cambio social (1976–1983). Buenos Aires: Siglo XXI.

Julieta Bartoletti



- "Maduración" industrial con continuidad "ciclo"
  concentración + ↑ productividad > salarios
  +
  predominio K extranjero en sectores dinámicos
  PROBLEMA: importa insumos, no exporta, transfiere divisas

Julieta Bartoletti
CC BY NC SA

RESISTENCIA (protesta obrera)
Surgimiento nuevos actores (juventud)

CONFRONTACION (rebelión popular)

PASAJE A LA ACCIÓN POLÍTICA

1955 **1958** **1962/3** **1966** **1969** **1970-1** **1973**

"REVOLUCIÓN LIBERTADORA"
disol. marco legal M.O.
-"desperonización" (d. 3855)

refuerzo/ reconstitución identidad P.
+
acción directa violenta

FRONDICISMO
restablecim. marco legal M.O. =
repertura vía acción legal (sindicatos) +
desarrollismo

Plan CONINTES
+ FMI

ILLIA
debilidad electoral => nec. apoyo social

movilización estudiantil/obrera
"Vandorismo" / "IP"

ONGANIA
generaliza proscripción
+ política de ajuste

precipita consolidación actores colectivos:
+ CGTA (MO+M.Est.+NI)
+ MSPTM
+ Org. Armadas

CORDOBAZO

protesta obrera => rebelión popular
⇒ identidad común forjada x movilización
⇒ MOVIMIENTO SOCIAL OPOSITOR

crisis autoridad sociedad civil
(sindicalismo antiburocrático
+ organizaciones barriales
+ juventud como actor colectivo)

LANUSSE / LEVINGSTON
GAN

÷ elites
apertura canales participación

reorientación y división:
FREJULI (PP/PS)
NI
Org. Armadas / No armadas
P./no P.

Durante el período 1969-1976 la movilización social planteó una grave amenaza al orden social sin lograr, empero, cuajar en un actor político unificado en torno a una identidad y un proyecto común. En otras palabras, proponemos que aquellos años estuvieron atravesados por una doble imposibilidad: por una parte, ninguna fórmula política fue capaz de desactivar o canalizar la aguda conflictividad social dentro del marco institucional capitalista y democrático; por otra parte, la impugnación generalizada de ese modelo de sociedad no logró plasmarse en un consenso en torno a una alternativa revolucionaria, y, menos aún, imponerla.

Julieta Bartoletti
CC BY NC SA

JINGLE DE CAMPAÑA https://www.youtube.com/watch?v=Mt8ayBQGE0o

Cámpora-Solano Lima 49,53 %

Lastiri

Perón-Perón 61,85 %

Isabel

GOLPE

25/5/1973 | 20/6/1973 | 7/1973 | 25/9/1973 | 10/1973 | 11/1973 | 1/1974 | 1°/5/1974 | 12/6/1974 | 1°/7/1974 | 10/1974 | 2/1975 | 6/1975 | 7/1975 | 9/1975 | 1976

Asunción Cámpora, con la presencia de Dorticós y Allende https://www.youtube.com/watch?v=3JP2-dygJRM

masacre de Ezeiza

Discurso de Perón 21/6/73 https://www.youtube.com/watch?v=i8PXWD36FDI

asesinato Rucci

reforma Ley Asoc. Prof.

1° aparición pública AAA

ataque cuartel Azul ERP reforma Código Penal

Discurso de Perón enero 1974 https://www.youtube.com/watch?v=fIsPpgSZTio

ruptura Perón-M.

amenaza renuncia y última aparición pública Perón https://www.youtube.com/watch?v=WbCo2wTDTls

† Perón

renuncia Gelbard

"Operativo Independencia"

"Rodrigazo"

huelga general

Informe de "La Izquierda Diario" sobre las Coordinadoras fabriles https://www.youtube.com/watch?v=f0Um6PQj9rs

M. regresa a clandestinidad

"en una situación de total desestructuración del juego político, las intrigas palaciegas ocultaron en muchos casos la intensidad de los conflictos sociales y eso contribuyó a que luego, en la difusa memoria social, quedaran registrados hechos secundarios casi carentes de significación con respecto a los enfrentamientos que se libraron en ese agitado trienio" (Sidicaro, 2002:132)

Convocatorias al acto del 1/5/74